

El misterio de la cruz, la revelación de Dios.

El misterio de la cruz, un estilo de vida cristiano.

La locura de la cruz sólo es concebible y aceptable intelectual o emocionalmente si uno trata de abrirse al misterio de la relación entre Cristo y Dios.

La Pasión de Cristo y su muerte en la cruz, como la culminación de todas las acciones de su vida, manifiestan esta relación como la del Hijo y la del Siervo. Hijo, en una libertad de confianza hacia Dios que lo envía y al que llama Padre, y Siervo, en una obediencia activa que no teme la obra a realizar, Cristo revela con toda su vida el plan de Dios para nuestra humanidad. Más aún, hace perceptible, inteligible, hasta qué punto Dios está comprometido, en él, con nuestra humanidad. En el misterio de la Encarnación, Cristo revela la humanidad de Dios. La muerte de Cristo en la cruz no es otra cosa que la lógica -y al mismo tiempo agraciada- culminación de la Encarnación, la forma en que Dios se hace cargo totalmente de nuestra humanidad, incluso hasta su extrema prueba. El Evangelio de Juan y las cartas de Pablo nos invitan a creer que el momento de la cruz es el momento en que la gloria del Hijo, y del Servidor, se revela finalmente, que no es otra que la gloria de Dios mismo.

Pablo nunca dejó de proclamar a Cristo, y Cristo crucificado. Al mismo tiempo habla de Él como un hombre nuevo, una nueva creación. Esto significa que el acto de Cristo en la cruz también debe entenderse como un acto de Dios mismo, que se revela allí decisivamente como creador. A diferencia de la creación al principio de la Escritura, el momento de la cruz revela cómo Dios "crea algo nuevo en la tierra", en un acto que nada puede contrarrestar. Hemos leído en las Cartas a los Romanos y a los Filipenses que lo que se sostiene y se ve en el momento de la cruz es la fidelidad de Dios a sí mismo y a nuestra humanidad. A sí mismo, en el acto de la creación que le revela como el dador del poder de la vida; a nuestra humanidad, en la justicia de la reconciliación a pesar de nuestro pecado; en el diseño del pacto con nosotros mantenido contra todos; y, finalmente, victorioso sobre todo el mal y de toda injusticia.

El misterio de la cruz también tiene una dimensión consoladora, como atestigua la Carta a los Hebreos. A través de la libertad de Cristo, Hijo y Siervo hasta el final de la cruz, Dios se revela eminentemente consolador para todos los hombres.

El misterio de la cruz, un estilo de vida cristiano. Es fácil escuchar, en las preocupaciones de Pablo por las comunidades cristianas, cuánto contribuye el misterio de la cruz a la construcción de estas comunidades. Son el cuerpo de Cristo, la familia de Dios; por la sangre de Cristo se ha derribado el muro de odio, se ha logrado la reconciliación y la paz; y, sobre todo, la Iglesia aparece como el lugar de la acción concreta, de la manifestación del amor que testimonia el gesto de Cristo en la cruz. Así propuesto como el fundador de la Iglesia, el acontecimiento de la cruz abre la lectura de las Escrituras, introduce la comprensión y la aceptación de la palabra divina de la promesa, y ofrece acceso a la presencia de Dios.

Un nuevo régimen se abre "de una vez por todas" por el acontecimiento de la cruz para todos aquellos que están vinculados al seguimiento de Cristo, en su vida e incluso en su muerte. Si los evangelios sinópticos invitan a tomar su cruz en su seguimiento, las cartas paulinas explican la libertad del cristiano que consiente en ser co-crucificado con él. Siguiendo sus pasos, dejándose conformar a la lógica de su vida y de su muerte, el cristiano experimenta el sufrimiento, la humillación y el fracaso de una manera diferente. Recibe la fuerza para soportarlos, y para mantenerse firme en las pruebas. La adhesión a Cristo crucificado lo hace sensible y solidario con todos los pequeños, con todos los crucificados de nuestra historia. El camino del Crucificado, que se convierte en su camino a través de la fe que Él le otorga, le abre a una libertad inigualable, a una disponibilidad, y, paradójicamente, le hace ver que está predestinado a la gloria.

El estilo de la vida cristiana está marcado por la adhesión a Cristo crucificado, en sus formas de ser y actuar, y en los caminos que ha recorrido; pero también en la intimidad de la relación con Cristo, y en la apertura en la relación con los demás. Mirar la cruz, contemplar a Cristo en la cruz, tanto en los momentos de oración como en las elecciones que guían nuestra historia, refuerza esta intimidad que tiene el nombre de la fe y que trae una profunda alegría. La proclamación del Evangelio no es otra cosa que la proclamación del misterio de la cruz - como lo hacemos en cada Eucaristía - y por lo tanto presupone técnicas de comunicación cuya sabiduría y eficacia están más allá de toda forma de retórica en el discurso. Basándose en la "palabra de la cruz", la evangelización ofrecerá valientemente un juicio crítico sobre las realidades de nuestro mundo, discerniendo lo que es realmente de lo que está destinado a desaparecer.

La vida cristiana se caracteriza discretamente por dos hábitos que pueden parecer triviales. Los cristianos siempre abren sus oraciones y celebraciones con la señal de la cruz, a la que está vinculada una confesión trinitaria. En todas las iglesias cristianas, la mirada se dirige hacia la cruz desde el momento de la entrada. A través de estas simples cosas, el misterio de la cruz encuentra su verdadero y justo lugar en nuestras vidas. El viejo poema lo dice bien: "En los caminos donde nos esforzamos, / qué bueno es, Señor, / encontrar tu cruz. / En las cumbres que buscamos/ lo sabemos, Señor, / encontraremos tu Cruz/Y, cuando por fin te veamos, / en tu claridad, Señor, / comprenderemos tu Cruz.» Louis Aragon

© Jean-Marie Carrière, Cahier Évangile n° 166, *Le mystère de la croix*, p. 54-56.